

EL APÓSTOL CAÍDO

EL JUEGO DE LA SILLA II

PEDRO J.
FERNÁNDEZ

Prólogo

Desde 1876, Porfirio Díaz gobernó México con mano firme, voluntad de hierro y una fe inquebrantable en el orden. Llegó al poder empuñando las armas y prometiendo que aquella sería la última revolución; se quedó en él durante más de tres décadas, aferrado a la silla presidencial como si se tratara de una misión histórica que sólo él estaba capacitado para cumplir. Bajo su largo mandato florecieron los ferrocarriles, crecieron las inversiones extranjeras, se tendieron cables, se levantaron palacios y se organizaron fastos desfiles que pretendían anunciar al mundo que México había dejado atrás el siglo de la barbarie.

Pero ese progreso tuvo un costo altísimo que no quiso ver.

Mientras unos pocos se enriquecían y brindaban en salones iluminados por electricidad, la democracia y la libertad se convirtieron en palabras huecas, repetidas en discursos oficiales y enterradas en la práctica cotidiana. El país entero se acostumbró a vivir en una

paradoja: paz sin justicia, estabilidad sin derechos y un orden impuesto a fuerza de silencio.

Con el paso de los años, el régimen envejeció. El gabinete que alguna vez simbolizó modernidad se volvió una reunión de hombres encanecidos, aferrados a un siglo que ya no existía. Las nuevas generaciones, educadas, inquietas, y deseosas de participar en la vida pública, fueron sistemáticamente excluidas. A quienes levantaron la voz se les compró, se les persiguió o se les encarceló.

Y cuando nada de eso bastó, se respondió con pólvora. La represión de las huelgas obreras dejó claro que el progreso no era para todos y que la paz porfiriana se sostenía, en última instancia, sobre cuerpos heridos y sangre derramada. El mensaje fue inequívoco: el orden debía conservarse.

Fue en ese clima de desencanto y hartazgo cuando surgió una voz distinta, la de un joven hacendado del norte, de complexión frágil y convicciones obstinadas: Francisco I. Madero. Creía en la democracia como un principio moral y estaba convencido de que el país podía transformarse sin repetir los ciclos de violencia que habían marcado su historia.

En una sesión espiritista, Madero dijo haber recibido una profecía o, más bien, una advertencia: sobre la silla presidencial pesaba una maldición. Mientras permaneciera ocupada por caudillos aferrados al poder, México no conocería la paz.

Aun así decidió lanzarse como candidato a la presidencia.

En 1910, tras uno de los fraudes electorales más evidentes de la historia nacional, Madero alzó la voz. Desde el exilio, publicó el Plan de San Luis y convocó al pueblo a levantarse contra la tiranía. Lo que siguió sorprendió incluso a sus aliados: en pocos meses, el régimen que parecía eterno comenzó a resquebrajarse.

Ciudad Juárez cayó, Porfirio Díaz presentó su renuncia y partió al exilio.

La caída del dictador abrió una puerta que ya no pudo cerrarse. Las demandas agrarias de Emiliano Zapata irrumpieron en la discusión nacional; las promesas de justicia social se multiplicaron; los antiguos aliados del porfirismo buscaron su lugar en el nuevo orden; y los revolucionarios, aún armados, se negaron a desaparecer.

Porfirio Díaz había llegado al poder por medio de la pólvora y lo abandonó del mismo modo. La historia, una vez más, parecía repetirse.

Nuestro relato continúa donde quedó el anterior: tras la partida del viejo general hacia el exilio y la entrada triunfal de Francisco I. Madero a la Ciudad de México.

La maldición de la silla presidencial no había terminado con la caída del porfirismo. Apenas comenzaba a mostrar su verdadero rostro... y con ello, la violencia por decidir quién sería el ganador de ese juego.

PRIMERA PARTE
Canonización

1

Dioses y Monstruos I

Y los periódicos de todo el país anunciaron que Porfirio Díaz se iría de México el 31 de mayo de 1911... para siempre.

Victoriano Huerta paseó su lengua por sus labios, mientras pensaba en la violencia que se había desatado en todo el país a causa del Plan de San Luis y sonrió con cierta malicia. Pues cuando México se encuentra revuelto o dividido, siempre aparecen los hombres que saben sacarle partido político (o crear uno para conveniencia personal).

—Inicia una nueva era de dioses y monstruos —murmuró para sí con cierta delicia—, crearemos héroes y villanos para llenar los libros de historia y justificar la sangre que derramará esta revolución. No hay mayor mentira que la historia que un pueblo crea para sí. Los libros de historia se escriben para justificar crímenes, no para contar el pasado.

En mayo, Veracruz era caluroso; el sopor, húmedo. Victoriano Huerta, con un pañuelo de algodón se secó

las gotas de sudor que se formaban en su frente. Unos espejuelos oscuros protegían sus ojos de la luz del sol que parecía más blanca que de costumbre. Centenares de hombres y mujeres de todas las edades llenaban el puerto para despedir al viejo dictador en su partida al exilio en el Ypiranga¹ que se perdía en el horizonte. Con él, se iba un pedazo de la historia de México (y del siglo XIX).

Minutos después, cuando no se veía nada más que el oleaje del mar, las damas seguían agitando sus pañuelos blancos como si el viejo dictador fuera a regresar, de nuevo, a tomar el poder. Victoriano sabía que aquello era imposible. Escupió en los tablones de madera, junto a sus botas, y se alejó de la guardia militar que había acompañado a Porfirio Díaz en sus últimos aplausos. Los músicos, que minutos antes habían tocado el himno nacional y “Carmen”, de Juventino Rosas, hicieron silencio y se dispersaron.

Porfirio Díaz se fue y el mundo siguió como siempre... porque tarde se dio cuenta de que ningún hombre es indispensable para un pueblo que siempre tiene a quien aplaudirle.

A Victoriano nunca le gustó el aroma salado que provenía del mar. Tampoco le hubiera gustado estar ahí, de no seguir las órdenes militares que le indicaban que debía acompañar al general Díaz desde su salida a la Ciudad de México.

¹ El Ypiranga fue un buque alemán de carga que estuvo a cargo de diferentes países y compañías, incluso estuvo cerca del Titanic la noche que este se hundió. Naufragó en septiembre de 1950. Porfirio Díaz y su familia hicieron su viaje al exilio en él sin costo alguno.

Al menos, Porfirio Díaz le ofreció un último mensaje, antes del exilio:

—Madero ha soltado al tigre, vamos a ver si puede domarlo.

Victoriano sabía muy bien que el señor Madero no podría domarlo de ninguna manera. Al contrario, ese tonto espiritista terminaría devorado por ese peligroso animal que, en sus opinión, llevaba el nombre de “revolución armada”, aunque otros preferían ponerle el nombre de “pueblo”. Y si alguien sabía de revoluciones era un viejo soldado como don Porfirio que había participado en varias de ellas, y organizado otras tantas.

Una cosa es convocar a la lucha, y otra era participar en ella. Una vez que un pueblo se levantaba en armas, era difícil controlarlo... casi como un animal mitológico. Cuando cortas una cabeza, otra aparece en su lugar.

Victoriano se abrió paso entre las personas y regresó a los comercios que eran bien conocidos en el puerto de Veracruz. En el café de La Parroquia, don Porfirio desayunó sus últimos alimentos momentos antes de partir: un plato de papaya, un pan crujiente en forma de trenza llamado canilla y un café lechero.² Sin embargo, Victoriano no deseaba repetir aquel platillo (o ninguno, para tal caso). Lo suyo no era la comida. Volvió a pasearse la lengua por labios secos, pero no quería que le llevaran un vaso con agua y mucho menos

² Este desayuno aún puede consumirse en el local como parte de su menú de desayuno.

un café con leche. Prefería algo más fuerte, un buen trago de agua bendita (como él solía llamarlo).

Con la lengua casi pegada al paladar, se sentó en una de las últimas mesas del local y esperó a que uno de los meseros se le acercara para ordenarle una copa de coñac³ y que le dejara la botella en la mesa.

Si había algo de hielo para echarle a su vaso estaría bien, pero si no... no le importaba tomárselo directo de la boca de la botella, aunque le quemara al bajar por la garganta. Le gustaba sentir la cabeza ligera, una felicidad débil que le relajaba el cuerpo.

—¡Esto no es una cantina, señor! —exclamó el mesero para excusarse, pero de nada le valió, pues Victoriano puso a la vista la pistola que siempre llevaba en el cinto y unos billetes que cubrían, no solo el costo de la botella, sino un poco más.

—Espero que no haya problema en que un viejo soldado de la patria pueda apagar su sed en un día tan especial como este, en el que nos deja para siempre don Porfirio. Si no tiene la botella, estoy seguro de que sabe dónde conseguirla y traerla para mí, ¿no es cierto? Se lo sabré agradecer si me hace este favor, joven.

El mesero asintió con nerviosismo, tomó el dinero y desapareció para realizar su encargo. Victoriano se acomodó en la silla y cerró los ojos. Por un momento se imaginó que aquella no era la silla de una cafetería en el puerto de Veracruz, sino el despacho del presidente en Palacio Nacional. Y que él, nada más y nada

³ Victoriano Huerta tomaba coñac Hennessy.

menos, estaba sentado en la silla presidencial después de haber tomado el poder. Una sonrisa se le dibujó en los labios como una curva suave que hasta le hizo hoyuelos en la comisura de los labios.

Sí, eso era lo que más deseaba, porque así no tendría que seguir las órdenes de nadie y mucho menos del señor León de la Barra,⁴ quien había asumido la presidencia tras la renuncia de Porfirio Díaz, o de Francisco I. Madero, quizá presidente de México en un futuro. Ninguno de los dos sabía cómo gobernar, cómo aplicar mano dura a todos aquellos que se salieran de la ley en lucha por derechos políticos o sociales. Al tigre no había que domarlo, sino someterlo para que regresara a la jaula de la que nunca debió salir.

Ni siquiera Bernardo Reyes, antiguo gobernador de Nuevo León, quien seguramente ya estaba buscando cómo regresar a México, después de su breve exilio en Europa, estaba a la altura. Todo con tal de buscar el poder cuando fuera necesario. Sí, de eso Victoriano Huerta no tenía duda alguna.

—Porfirio no se equivocó, México necesita orden y progreso —dijo para sí—, pero México ya no lo necesitaba a él. Envejeció demasiado en el poder. Se volvió decrepito y también todo su gabinete (que los viejos entiendan que tienen un pie en la tumba y no en los libros de Historia). Es tiempo de una nueva generación de viejos políticos que se dediquen a imponer un poco

⁴ Francisco León de la Barra nació en Querétaro en 1863 y murió en Francia en 1939. Abogado, político y diplomático, devoto católico y lector apasionado. Era amante de las buenas costumbres. Fue presidente del Tribunal Permanente de Arbitraje, en La Haya.

de paz en este país, para que no regresen las guerras civiles del siglo XIX.

Volvió a limpiarse el sudor de la frente con el pañuelo. Veracruz no le gustaba para nada. Le daba mala espina y, para entonces, él aún no estaba seguro de la importancia que jugaría en su historia política. En cambio, sonrió cuando el mesero volvió con una copa de balón en la cual le sirvió un poco de aquel coñac, dejando la botella como Huerta había solicitado.

—¿Se le ofrece algo más... eh... general...eh? —preguntó el mesero sin saber el nombre de su comensal, lo cual Victoriano Huerta consideró una falta de respeto ya que se creía un militar de reputación destacada.

—General Victoriano Huerta... que no se te olvide, mozalbete. Algún día todo el país conocerá mi nombre. Algún día estaré en los libros de Historia como lo hizo Porfirio Díaz.

Con una sencilla reverencia, aquel joven repitió el nombre y se alejó.

Victoriano tomó la copa para contemplar el líquido y bebió todo el contenido de un solo trago. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

Su mente maquinaba lo que habría de hacer durante los próximos meses para lograr su cometido: llegar a la silla presidencial.

Le quitó el corcho a la botella de coñac y se sirvió un poco más. A la luz de aquel día, contempló los destellos color caramelo de aquel líquido y sonrió.

Como siempre, sintió que su mente se volvía ligera y eso le causó un gran placer.

Francisco León de la Barra, presidente de facto tras la renuncia de Porfirio Díaz, caminó por los pasillos de Palacio Nacional como tantas veces antes. Solo que en esta ocasión no iría a una reunión pactada con el presidente, porque él mismo ya ostentaba ese cargo.

El edificio le parecía maravilloso, solo un piso, grandes candiles, largos salones y mucha piedra construida sobre los vestigios de lo que alguna vez fue la gran capital de los mexicanos. Subió por los grandes escalones, mientras lo seguían miembros del Estado Mayor, militares cuya única misión era cuidar su vida y la de su familia.

Prefirió, de momento, no rodearse de su gabinete, pues quería recorrer aquellos pasillos solo por primera vez. No creía en energías o fantasmas, como las que se decía que guiaban el camino de Francisco I. Madero; no creía en la profecía sobre la silla presidencial, ni mucho menos que la sangre llama a la sangre. Lo suyo era una profunda fe católica en la que el Señor guía a los hombres por el camino de la luz y la rectitud. Gracias a Dios, él pondría fin a la revolución del señor Madero, recuperaría la paz que se perdió con el estúpido Plan de San Luis y lograría que el curso de México siguiera como si nada hubiera sucedido en mayo de 1911.

Cuando entró al despacho presidencial, su mirada se fue hacia el gran librero que se encontraba detrás de la silla presidencial y en los gruesos tomos encuadernados en piel. Algunos pertenecían a la primera edición de México a través de los siglos; otros, a los

diferentes informes presidenciales que Porfirio Díaz había brindado a lo largo de su mandato.

Siendo él un devoto católico, se persignó ante la oportunidad de guiar el rumbo de un país; y como buen caballero en toda regla, no se deshizo de la levita, por más que el bochorno de los últimos días de mayo fuera la causa de que sintiera las gruesas gotas de sudor que caían por su espalda.

Los espíritus desencarnados, sin embargo, no estaban por dejarlo solo. Así que se hicieron presentes a través del viento. Una ráfaga abrió una de las ventanas y los papeles que estaban sobre el escritorio volaron y la lámpara tembló. La misma silla comenzó a vibrar.

Francisco León de la Barra se sintió atraído hacia ella y, en cuanto se sentó, le pareció que no quería levantarse jamás.

Sabía que tendría que convocar a elecciones extraordinarias, el pueblo se lo pediría, pero siendo el heredero de Porfirio Díaz, ¿por qué no presentarse como candidato? Tendría toda la maquinaria del gobierno a su favor para que todo llegara a buen término. El Congreso estaría de su lado, pues todos apoyaban (aún) al gobierno anterior, y lo mismo podría decirse de la Suprema Corte.

Sí, su mente empezó a elaborar qué es lo que haría para lograr su cometido, quedarse en la silla presidencial.

Cuando se abrió la puerta, entró una mujer gruesa de la misma altura que él. Llevaba un vestido negro, tenía el cabello apretado en un moño detrás de la nuca.

—Mi querida Refugio,⁵ te pedí que me esperaras en el vestíbulo de palacio —le dijo él.

—Quería ver el despacho del presidente, querido. Siempre he tenido curiosidad sobre cómo era el lugar donde trabajó Porfirio Díaz durante tantos años. Yo nací el mismo año que empezó su primera presidencia.

—Lo sé, querida. México se alimenta de fechas, porque es más fácil tragarlas que entenderlas... siempre que uno no se ahogue con ellas.

—Bien, entonces, es horas de irnos. Recuerda que tenemos una comida con los embajadores y algunas personas que quieren felicitarte. Ya me encargué del menú y de la cubertería de plata. ¿Vamos?

—Aprendiste bien de doña Carmelita. —Francisco León de la Barra asintió y, cuando salió de aquel despacho, sintió el llamado de la silla en la cual quería sentarse por mucho tiempo, y así lograr que el país fuera pacificado de nuevo.

Días después, desde el barco que lo habría de regresar del exilio, el general Bernardo Reyes comenzó a pensar que no había nadie más preparado que él para tomar el poder, que sus años al frente del gobierno de Nuevo León y como militar importante, le abrían la oportunidad para ser el presidente.

⁵ Francisco León de la Barra se casó con Refugio Borneque ese 1911. Ella era hermana de su primera esposa, María Elena Borneque. Siendo de una familia adinerada, ambas recibieron una buena educación y estudiaron en finas escuelas para señoritas. Eran de las pocas mujeres en México que entonces sabían leer, escribir y contar.

Después de todo, ¿no habían sido militares y políticos algunos de los gobernantes mexicanos más destacados del siglo anterior?

Esta vez no tendría que pedirle permiso a Porfirio Díaz para hacerlo, ni tampoco tendría que batirse contra él en un proceso electoral. Sabía que había un grupo de mexicanos que lo estimaba y que lo apoyaría en caso de ser candidato o de iniciar una revuelta.

Y así, contemplando el brillo del sol sobre las olas del mar, empezó a planear cómo ganarse la silla presidencial.

Tenía que lograr que así lo viera el pueblo de México, como el siguiente Porfirio Díaz. Era la única forma en la que lograría llegar al poder y disfrutar de él.

¿Quién no querría sentarse en la silla presidencial para disfrutar de ella?

Si alguien se la merecía era él.

3

Dejar las armas

Francisco Villa observó la ciudad de Chihuahua desde la sombra de un portal, con el sombrero bien calado y el cuerpo recargado en el muro todavía tibio por el sol de la tarde. El adobe conservaba el calor de la mañana y el polvo se le metía en la garganta con cada respiración, áspero, persistente.

Siempre había preferido el aire libre, aunque estuviera cargado de tierra, sudor y la amenaza de encontrarse con algún soldado que no fuera tan amigable con él.

Chihuahua no celebraba como la Ciudad de México. Ahí no había balcones cubiertos de banderas ni multitudes entregadas a la euforia. La gente miraba con cautela, como si el fin del porfirismo fuera una noticia que aún debía comprobarse con hechos; después de todo, en un país tan grande como México, las ciudades más importantes quedaban lejos de la capital. En el norte, los hombres aprendían pronto que las promesas podían romperse con la misma facilidad que un vidrio barato.

Villa caminó despacio por la calle principal. Era ese gigante de siempre, campechano y de bota gastada. Vio a los comerciantes cerrar temprano, a los empleados cerrar la puerta de sus negocios, y a los soldados federales patrullar con el gesto rígido. Vio también a hombres armados, demasiados, que no parecían saber ya qué eran: revolucionarios, desertores, antiguos rurales,⁸ simples sobrevivientes de una guerra que había cambiado de nombre, porque ya no era contra Porfirio Díaz, pero permanecía viva. El país entero estaba armado.

Chihuahua llevaba meses viviendo en una tierra incierta, suspendida entre la violencia pasada y una paz que todavía no se atrevía a llegar del todo... aún se hablaba de levantamientos por aquí y por allá.

Se pasó la mano por el bigote ralo, áspero; pensativo. Su ropa era la de siempre: pantalón gastado, camisa sudada, botas firmes y algo que no podía verse en ese momento, unas ganas tremendas de calmar el calor con una buena malteada de fresa recién hecha.

Por primera vez en muchos años, Pancho Villa se permitió pensar en su vida sin el ruido constante de los disparos, sin la necesidad de esconderse de la policía en los montes, sin la emoción del bandidaje o de romper la ley en cada chico rato solo para mostrar que

⁸ Los Rurales, o Cuerpo de Defensas Rurales, eran la policía federal montada durante el Porfiriato en México, establecidos para vigilar caminos, proteger haciendas y perseguir bandoleros, aunque en la práctica solían ser indisciplinados, abusivos y su función se extendió a vigilar a sospechosos políticos, disolviéndose en 1914.

7

El padrino de bodas

Emiliano Zapata se preparaba para su boda con cierto nerviosismo. Nunca había sido un hombre atento a los rituales sociales ni a las formas que no nacían del trabajo porque era algo que no le interesaba mucho (a pesar de su vanidad);¹² ajustarse la camisa, revisar que las botas estuvieran limpias, permitir que otros lo ayudaran con detalles que no comprendía del todo le parecía una pérdida de tiempo y, aun así, aceptaba cada gesto con una seriedad casi solemne porque era uno de los días más importantes de toda su vida.

Afuera, el sol de Morelos caía con la misma fuerza de siempre sobre la tierra abierta, y el aire traía ese olor espeso a caña, a polvo caliente y a humedad que se le había metido en el cuerpo desde niño y que nunca lo abandonaría. Apenas había una nube gris en el cielo turquesa.

¹² Aunque se suele representar a Emiliano Zapata vestido de charro y con fusil al hombro, su vestimenta diaria consistía en pantalón de vestir, camisa blanca y gazné.

Iba a casarse con Josefa Espejo,¹³ y ese pensamiento no le producía vértigo, sino una calma extraña, una sensación de haber llegado a un punto firme después de muchos años de cortejarla sin éxito. Pensó en ella con la misma atención con la que solía pensar en la tierra: sin idealizarla, sin adornarla, reconociendo su dureza y su generosidad al mismo tiempo. La había conocido años atrás en Villa de Ayala (el pueblo que colindaba con su amado Anenecuilco), cuando ninguno de los dos podía imaginar el lugar que ocuparían en la historia. Josefa era joven, discreta y observadora. Desde el principio supo que Emiliano Zapata no era un hombre sencillo, ni alguien que pudiera ofrecer certezas inmediatas... sobre todo porque era el jefe de su pueblo y, ya desde los últimos días del Porfiriato, el gobierno lo traía entre miras por ser un personaje que podría traer problemas.

Ni el padre ni los hermanos de Josefa aprobaron esa cercanía ni estaban de acuerdo con el trabajo que representaba alguien como Emiliano Zapata. Por un lado, la familia Espejo tenía más dinero y posición que la familia Zapata. Por el otro, Emiliano era conocido en la región como alguien que incomodaba a los hacendados, que hablaba de tierras comunales, que se reunía con otros campesinos para cuestionar un orden que llevaba décadas imponiéndose por la fuerza. No era el tipo de yerno que una familia deseaba para su

¹³ Josefa Espejo Sánchez (1879–1968), apodada “La Generala”, fue la única esposa legítima del líder revolucionario mexicano Emiliano Zapata.

hija, pues si Emiliano Zapata estaba en peligro, también lo estaría su familia.

Así que el amor tuvo que aprender a moverse en los márgenes, a existir en los intersticios del día, a esconderlo del mundo para evitarse problemas. Se veían cuando podían, en fiestas patronales donde el ruido permitía esconder palabras importantes, en miradas que duraban apenas unos segundos, pero que decían lo suficiente para compartir sentimientos. Por las noches, Emiliano iba hasta Villa de Ayala, tiraba piedrecitas en la ventana de Josefa y silbaba para imitar a los pájaros. Ella se asomaba y se prometían amor en cuanto se terminaran los obstáculos. Josefa comprendió pronto que amar a Emiliano significaba aceptar su ausencia tanto como su presencia, su silencio tanto como su palabra.

Y Emiliano entendió, quizá sin decirlo nunca, que ella no era una distracción de la lucha, sino su contraparte más íntima. Si alguien, fuera de su familia cercana, podía entender el porqué de su lucha y sus cuestionamientos, de ponerse en peligro en favor de un ideal como el valor de la tierra, debería ser ella.

Con el tiempo, la oposición familiar fue cediendo por el desgaste de tener a Emiliano Zapata en boca de todos y, sobre todo, porque la muerte del padre de Josefa coincidió con la caída de Porfirio Díaz. Así, los tórtolos pudieron formalizar su amor ante los aquellos pueblos que sabían, desde hace tiempo, que la pareja habría de estar junta algún día.

Ahora, mientras se preparaba para la boda, Emiliano pensaba en lo extraño que resultaba casarse en

10

El resultado inevitable

Francisco León de la Barra reconoció que había pecado de inocencia al asumir que los mexicanos votarían por él. Si bien era cierto que representaba la imagen de Porfirio Díaz, también lo era que Francisco I. Madero era el hombre más famoso de aquel momento... y que la democracia no es más que un maldito concurso de popularidad que siempre ha jugado en contra de los electores.

Cuando comenzaron a llegar los resultados de cada una de las entidades de la república, descubrió con horror que muy pocas personas habían votado por él para ser presidente, y mucho menos para ser vicepresidente. De hecho, el señor Madero había logrado algo que parecía imposible: que el 99% de los votos fueran para él. Y no sólo eso: durante la jornada electoral no se había dado reporte de levantamientos, de disturbios por las calles, de protestas en contra de alguno de los candidatos, de acusaciones de fraude electoral... ¡Nada!

—¿Acaso es la jornada electoral más tranquila que ha tenido México? —dijo para sí, mientras se sentaba en la silla presidencial.

Era algo atípico en la historia... porque incluso en las últimas elecciones de Porfirio Díaz, el gobierno tuvo que imponerse para perpetrar un fraude electoral. En esta ocasión, Francisco León de la Barra no se había organizado a tiempo para permitir que el gobierno utilizara toda la maquinaria para arreglar los resultados y, de todas maneras, ¿de qué serviría? Cualquier intento de contrariar al pueblo en ese 1911 terminaría con un plan político y un levantamiento armado como el de San Luis.

Recordó algunas de las frases favoritas de Porfirio Díaz: “las elecciones nunca se dejan al azar” y también “el que cuenta los votos es quien decide quién gana las elecciones”... Y eso era peligroso, porque los gringos, si se sentían amenazados con más violencia y pólvora, intentarían una intervención.

En el despacho presidencial, en la silla que otrora utilizaran Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz, tomó una decisión poco común en la historia de México (pasado, presente y futuro): la de respetar la decisión del pueblo.

Si no quieren que sea presidente, no arriesgaré la vida por algo que no valga la pena, se dijo. Y decidió que debían ser otros los que pelearan por aquella silla, que arriesgaran la vida y, dado el caso, que la ofrecieran por el porvenir de la patria.

Quizá la maldición no está en este pedazo de madera, pensó al acariciar los descansabrazos mientras

los espíritus desencarnados lo espiaban y sonreían, sino en la ambición que despierta el deseo de tener poder, de controlar a otras personas, de mover el dinero, de entrar a los libros de historia, de recoger aplausos, de mandar a otros por mero capricho, de pasar por cada uno de los siete pecados capitales sin que haya castigo de por medio, de cubrirse del manto de la Constitución para violar la ley con cinismo. Él, como amante de la historia, sabía que esa era la constante de su propio país.

Y tuvo a bien escapar de la maldición, dándole la espalda a la silla presidencial. Se levantó de ella, recogió cuanto pudo de su escritorio, sobre todo los documentos importantes, dos carpetas de cuero y su preciada Biblia católica. Estaba decidido a darle la espalda a su ambición de poder y a su deseo de gobernar bajo los mismos preceptos que Porfirio Díaz.

—Un pueblo que tiene hambre, no debería votar con estómago... pero mientras crean que es el corazón y no la mente, entonces seguirán por el mismo camino —se dijo al salir de aquel despacho para no volver.

Francisco León de la Barra llegó al poder de forma constitucional y se fue de la misma forma. Aunque su gobierno fue breve, sería uno de los pocos que lograrían presumir tal proeza en los siguientes años.

SEGUNDA PARTE

Santidad

1

La llegada al poder

Cuando Francisco I. Madero se asomó al espejo aquella mañana del 6 de noviembre de 1911, tuvo la incómoda sensación de estar observando a un desconocido. El reflejo le devolvió la imagen de siempre: el cuerpo menudo, la levita correctamente abrochada, la camisa blanca planchada con esmero. No había nada nuevo en él y, sin embargo, todo había cambiado.

Durante un instante, apenas un destello, se permitió imaginar la banda presidencial cruzándole el pecho. Sacudió la cabeza de inmediato. No le gustó lo que sintió. Había pasado años luchando para que el poder dejara de ser un objeto de culto, y ahora ese mismo poder parecía reclamarlo.

—¿Qué pasa, Pancho? —preguntó Sara, desde atrás.

Estaban en la casa de la colonia Roma. Era una vivienda sobria, más cómoda que ostentosa, como él mismo. Desde la calle subían voces entrecortadas, oleadas de entusiasmo que rompían el silencio:

—¡Viva Madero! ¡Viva la democracia!

Francisco tardó un momento en responder. Seguía mirándose, como si esperara que el espejo le ofreciera alguna certeza que no encontraba en sí mismo.

—Los espíritus me lo advirtieron —dijo al fin—, y aun así no termino de creerlo. Soy el primer hombre que gana unas elecciones sin ser Porfirio Díaz. Treinta años, Sara. —Hizo una pausa—. No me siento presidente aún, y no sé qué hacer en cuanto cruce la puerta del poder. Nunca he mandado el destino de otro hombre, mucho menos el de un país.

Se volvió hacia ella, buscando algo más que consuelo.

—Tengo ideas, sí. Convicciones, pero no experiencia de gobierno. ¿Debo tratar al país como una de las empresas de la familia? ¿O hay secretos, inercias y trampas que todavía no alcanzo a ver?

El cuarto era pequeño, iluminado por cortinas blancas que filtraban una luz limpia. Esa claridad contrastaba con la oscuridad de las dudas que le cruzaban el pensamiento. Afuera, el país celebraba; adentro, el presidente electo vacilaba.

Sara avanzó un paso y lo observó con una mezcla de ternura y firmeza.

—¿De verdad dudas de que este triunfo sea tuyo? —dijo por fin—. ¿Ya olvidaste las noches enteras escribiendo cartas, convenciendo a hombres que no conocías de que la democracia no era una fantasía? ¿Los días en la cárcel, los discursos en plazas donde el pueblo apenas se atrevía a escuchar para que don Porfirio no los castigara?

3

El Plan de Ayala

El sol caía lento sobre Anenecuilco y quemaba. Emiliano Zapata caminaba entre los terrones del campo y la cosecha de caña de azúcar. La tierra era la único que no mentía, la que perduraba y debía quedar para las siguientes generaciones (siempre y cuando estas entendieran su importancia) hasta el fin de los tiempos.

Desde que Francisco I. Madero había llegado a la presidencia, no se había dado lo que tanto buscaba: que iniciara el reparto de tierras en Morelos que los hacendados habían robado durante el último siglo. Sin embargo, la respuesta del presidente Madero era la misma que la del candidato Madero y el revolucionario Madero: debían esperar a que la ley hiciera su trabajo, todo debía hacerse conforme a la Constitución. ¿Por qué carajos ese catrín no entendía que la ley que los fregó no podía salvarlos?

Emiliano no era un hombre que pidiera favores. Lo único que exigía estaba escrito desde antes, en la me-

moria de los viejos, en los deslindes borrados a la mala, en los manantiales cercados con alambre, en los títulos de propiedad que cada pueblo tenía, pero nada... al gobierno no le importaba.

Los servidores públicos pedían una cosa: esperar. Esa palabra le daba náuseas. ¡Que esperen los muertos del cementerio a ver si llega el juicio final! ¡Que esperen los ricos a ver si su dinero les ofrece consuelo! ¡El pueblo herido por las injusticias de siglos de abuso no debía seguir esperando!

Eufemio estaba recargado en el corredor, liando un cigarro con calma fingida. Emiliano sabía reconocer ese gesto: su hermano estaba enojado, pero se estaba conteniendo por respeto.

—Dicen que ahora sí —dijo Eufemio, sin mirarlo—. Que ya mero... que nomás que el gobierno se organice. Llevan dos meses y nada que nos prestan atención.

Emiliano no respondió de inmediato. Observó una acequia seca, la grieta larga que se abría en la tierra como una herida vieja.

—Eso mismo dijeron hace seis meses —contestó al fin—. Y antes... Y antes...

Eufemio encendió el cigarro.

—Y mientras tanto, los hacendados siguen ahí, bien tranquilos. Claro, tienen a un compadre con la banda presidencial. Se nos olvida que se votó por un catrín con dinero para representar a los que no tienen qué comer.

—Más tranquilos que nunca —agregó Emiliano—, solo les da miedo cuando me acerco con mis tropas a sus haciendas y trato de quitarles lo que por derecho nos corresponde.

Se metió a la casa. Sobre la mesa vio la caja de latón que guardaba los títulos de propiedad del pueblo. Emiliano la miró largo rato, como si todavía no estuviera seguro de tener derecho a usarlos, pero era el jefe del pueblo. Su deber era luchar por ellos.

—¿Y entonces? —preguntó Eufemio, parándose detrás—. ¿Qué vas a hacer?

Emiliano abrió la caja y pasó la mano por una hoja. Tenía las uñas manchadas de tierra.

—Ya no podemos seguir hablando nada más —dijo—. Si no quieren cumplir, habrá que decirlo claro.

Eufemio levantó la ceja.

—¿Decir qué cosa?

Emiliano respiró hondo. Esa palabra todavía dolía.

—Que nos traicionaron otra vez, que ese maldito catrín de Coahuila solo nos usó para ganar su revolución y la presidencia. ¿Y los demás? Estoy hasta la madre de esos políticos.

Se miraron en un momento de silencio incómodo.

—¿Estás hablando del presidente? —preguntó Eufemio, aunque sabía la respuesta.

—Sí —respondió Emiliano—. ¿De quién más? Al menos con Porfirio Díaz sabíamos contra qué luchábamos, pero ¿con Madero? Jugó con la ilusión de la gente.

Eufemio soltó una risa seca.

—Pues ya era hora de decirlo en voz alta.

Emiliano negó despacio.

—No es tan fácil. Ese hombre fue esperanza para muchos, para nosotros también. Y ahora tenemos que decirles a todos que acepten que nos vieron la cara de

TERCERA PARTE

Martirio

1

Una llamada a primera hora del día

Francisco I. Madero soñaba con aquellas tardes remotas en las que, siendo todavía un hombre sin escoltas ni enemigos declarados, había descubierto en París la doctrina del espiritismo. No la recordaba como una extravagancia, más bien con la idea de que el ser humano no se agotaba en el cuerpo, de que existían otros planos de existencia donde la conciencia seguía su camino y desde donde podía influirse, con disciplina y fe, en la evolución moral de la humanidad.

En el sueño caminaba despacio, con las manos en los bolsillos del abrigo, por las orillas del Sena. Era invierno, o quizá principios de primavera. El aire olía a pan recién horneado y a carbón húmedo. Las panaderías abrían antes del amanecer y dejaban escapar ese vapor tibio que parecía reconfortar incluso a los transeúntes más cansados. Veía a los pintores colocar sus caballetes junto al río, obsesionados con atrapar los brillos del sol agonizante sobre el agua, como si al fi-

jarlos en el lienzo pudieran detener el paso del tiempo. Recordaba las caminatas sin destino preciso por las calles aledañas a Notre Dame, la sensación de anonimato, la libertad de perderse sin ser observado, sin cargar sobre los hombros el peso de un país entero.

En ese recuerdo, París no era sólo una ciudad, sino una promesa: la de una vida posible después del deber.

Quizá, se decía cada mañana, incluso ya despierto, cuando termine mi presidencia, pueda traer a Sara. Pasear con ella por esos mismos sitios. Mostrarle que el mundo puede ser distinto al que se ve desde Palacio Nacional o desde los balcones del poder. No pensaba cometer el mismo error de don Porfirio. No se eternizaría en la silla presidencial. No convertiría el mandato en costumbre ni la autoridad en derecho natural. Había luchado demasiado para evitarlo.

Ese pensamiento todavía flotaba en su mente cuando, al estirar los brazos para sacudirse el sueño, la puerta de la habitación se abrió sin anuncio previo.

Uno de los cadetes que custodiaban su descanso en el Castillo de Chapultepec entró inseguro. La sola manera en que evitó mirarlo a los ojos fue suficiente para romper la quietud del amanecer.

—Tiene usted una llamada telefónica muy importante desde Palacio Nacional, señor presidente —exclamó con una voz temblorosa, impropia del uniforme que llevaba puesto.

Francisco tardó un instante en reaccionar. Aún estaba a medio camino entre el sueño y la vigilia.

—Dícales que me esperen unos minutos —respondió—. Yo devuelvo la llamada enseguida.

Al otro lado de la cama, Sara Madero comenzaba a despertarse. Se incorporó despacio, estiró los dedos como quien intenta retener el último resto de descanso y dejó escapar un suspiro profundo.

—¿No puede esperar hasta después de desayunar, Pancho? —preguntó mientras se tallaba los ojos, todavía con la voz tomada por el sueño.

El cadete dio un paso más hacia el interior de la habitación. Dudó un segundo antes de hablar, como si midiera el peso de cada palabra.

—Me temo que no puede esperar, señora. Ha sucedido algo muy grave. Algunos rebeldes tomaron Palacio Nacional. En la línea espera el secretario del Ministerio de Guerra para darle su informe.

Francisco y Sara despertaron por completo al mismo tiempo. Se miraron en silencio. Ambos sabían que ese momento podía llegar. Los viejos porfiristas no habían aceptado la derrota con la mansedumbre que aparentaban.

La paz era frágil. Demasiado frágil.

Francisco bajó de la cama de un salto y cruzó la habitación hasta el pequeño cuarto donde descansaba el aparato telefónico, colocado sobre una mesa redonda de mármol. Al tomar el auricular, sintió el frío del metal contra la piel.

—¿Bueno? ¿Bueno?²⁶ —preguntó—. ¿Hay alguien en la línea?

²⁶ Durante los primeros años de la telefonía en México, las conexiones no eran muy buenas. Así que uno levantaba el auricular y preguntaba si el enlace era bueno. ¿Bueno? Y al escuchar hablar a la otra persona

7

La ciudad en llamas

Majestuosa era la casa de Francisco I. Madero en la colonia Roma.³⁸ Los vecinos sabían muy bien que cuando el señor presidente no despachaba asuntos importantes en Palacio Nacional o descansaba en el Castillo de Chapultepec, dormía en tal construcción. Ahí había recibido a personajes importantes de la época, incluido Emiliano Zapata, y salido para tomar el poder en su toma de protesta. Era una casona maravillosa que habría de sucumbir a la maldición del juego de la silla.

La casa de Madero no era un cuartel, una fortaleza, ni un blanco militar. Era un hogar como cualquier otro. Y, sin embargo, el odio, en tiempos revueltos, no distingue muros ni intenciones. Además, era claro que la rebelión contra el presidente Madero no estaba com-

³⁸ Ubicada originalmente en la esquina de Liverpool y Berlín y construida en 1898 por el ingeniero y contratista C.C. Lamm sobre un predio de 760 metros cuadrados.

pletamente contenida en La Ciudadela, los disparos y las explosiones se repetían en otras partes de la capital, incluyendo, precisamente, la colonia Roma.

Los primeros impactos sucedieron con la luz del amanecer. Un vidrio estalló como una campana rota; luego otro; después, el largo lamento de una bala perdida que se incrustó en la madera noble del despacho. Los rebeldes eran jóvenes que llevaban el rostro manchado de tierra para que no se les reconociera, y tenían barro en sus pantalones. Alguno tenía pistolas, otros granadas. Una de ellas entró por una de las ventanas del primer piso y, después de un breve momento de silencio, se escuchó una explosión que inició el incendio. Las llamas treparon por las cortinas, los tapices, la madera de los pisos; se enseñorearon de los salones donde se había hablado de democracia. Dicen que el fuego hizo crujir los retratos antes de devorarlos, que los marcos cayeron como soldados vencidos, que los libros quedaron hechos ceniza. La casa resistió lo que pudo antes de que el techo cayera con un ruido espantoso.

Cuando, minutos después, en el castillo de Chapultepec, Sarita Madero levantó el teléfono, se dejó caer en una silla y lloró por un rato largo. Por fin comprendió el peligro en el que estaban todos y temió por la vida de Francisco I. Madero... Necesitaba sacarlo de Palacio Nacional como fuera o lo matarían.

Ese 13 de febrero, la claridad del amanecer tardó en imponerse sobre el humo suspendido sobre el centro de la ciudad, era una mezcla de neblina y polvo de

cantera pulverizada, ceniza fina y residuos de explosiones que durante días habían tirado techumbres, desprendido cornisas y abierto grietas en las fachadas. El aire tenía un sabor metálico, áspero en la garganta. Al respirar hondo, se percibía el olor mezclado de pólvora húmeda y madera quemada, por no mencionar el hedor de todos los muertos que se iba acumulando.

En una vecindad de la calle de Bucareli, una mujer sacudía una sábana extendida sobre el patio común. Cada sacudida levantaba una nube fina que le irritaba los ojos.

—¿Hoy tampoco abres la tienda? —preguntó su vecina desde el umbral, con el rebozo apretado al pecho.

La otra siguió sacudiendo la tela.

—¿Para venderle a quién? —respondió sin mirarla—. Ayer sólo pasó un soldado y no traía ni medio centavo. Pensaba que le iba a fiar solo porque traía uniforme... y para como están las cosas, no porque uno sea del ejército puede saberse a qué bando pertenece.

La vecina asintió con un gesto breve.

—Mi marido dice que en la noche se oían los cañones más cerca.

—Se oyen igual —contestó la mujer—. Una se acostumbra, que es lo peor de la guerra.

Un estruendo retumbó a lo lejos, grave y seco. La vibración llegó unos segundos después, apenas perceptible en el piso del patio, pero ninguna de ellas levantó la cabeza.

A unas cuadras, en dirección a La Ciudadela, un grupo de hombres empujaba un carro de madera cargado con sacos de harina. Las ruedas chirriaban al pa-

10

Lo que sucedió el 18 de febrero

Francisco I. Madero escuchaba a los hombres reunidos a su alrededor, parecía una última consulta a los miembros del gabinete para preguntarles cómo actuar ante la crisis. José María Pino Suárez estaba sentado junto a la mesa, inclinado hacia adelante con los dedos entrelazados. Cerca de la ventana hablaban Jesús Urueta y Federico González Garza, discutiendo en voz baja los informes que llegaban del centro de la ciudad. Juan Sánchez Azcona tomaba notas rápidas en un cuaderno mientras el capitán Gustavo Garmendia permanecía junto a la puerta, con el cuerpo rígido y la mirada alerta. A unos pasos del presidente estaba Marcos Hernández, uno de sus ayudantes más fieles, que seguía cada movimiento con atención silenciosa.

—Si Huerta cumple lo que prometió —decía Urueta—, los rebeldes no podrán sostenerse mucho más tiempo.

Madero lo escuchaba sin interrumpir. Tenía el rostro marcado por el cansancio de los últimos días, pero

su voz conservaba una serenidad que sorprendía incluso a quienes lo conocían bien.

—Lo importante ahora es detener el sufrimiento de la ciudad —respondió finalmente—. Cada hora de combate significan más muertos que nada tienen que ver con esta lucha.

Pino Suárez levantó la cabeza.

—También significa que el gobierno sigue en pie.

Antes de que alguien respondiera, el sonido de pasos apresurados comenzó a subir por el corredor.

Garmendia giró apenas la cabeza hacia la puerta.

—Algo no anda bien.

No terminó de decirlo cuando la puerta se abrió violentamente.

El coronel Teodoro Jiménez Riveroll entró primero, seguido por el mayor Pedro Izquierdo, Enrique Cepeda y un grupo de soldados con los fusiles listos. El metal de las bayonetas reflejó un instante la luz gris de la tarde.

—¡Nadie se mueva! —ordenó Riveroll.

Durante un segundo nadie reaccionó. El desconcierto recorrió la habitación con la velocidad de una descarga eléctrica.

Madero dio un paso hacia adelante.

—¿Qué significa esto, coronel?

Riveroll respiraba con dificultad, pero su voz salió firme a pesar del miedo:

—Traigo órdenes del general Aureliano Blanquet.

Pino Suárez se levantó lentamente.

—¿Órdenes... para qué?

Riveroll no dudó.

14

Un puñado de piedras

Sin saber que Victoriano Huerta era ya el presidente de México, los tres prisioneros se dispusieron a dormir. Si acaso comieron un pan dulce y un poco de leche tibia que les llevaron como una merienda, aunque en realidad no tenían hambre. Como lo habían hecho anteriormente, Francisco Madero, José María Pino Suárez y Felipe Ángeles echaron unas mantas sobre los sillones.

—Esto me huele mal, señor Madero —Pino Suárez tropezó las palabras—. Siento que ya deberían habernos dicho cuándo nos llevarán a la embajada de Japón o a la embajada de Cuba... o cualquiera que pueda prestarnos auxilio.

En cambio, el general Ángeles estaba sentado en su sillón, con el rostro pálido. Daba la impresión de haber adelgazado en tan sólo unas horas y, era tal su nerviosismo, que le dolía el estómago. Temblaba sin quererlo y pensaba en pasar la noche en vela por si la puerta se abría a la mitad de la noche para que sus enemigos les hicieran algún daño.

—Todo ha terminado... estamos muertos... —se repetía para sí, pero tanto Francisco como José María decidían ignorarlo.

Como antes, se escuchó el rechinido de los goznes y Francisco se levantó con una primera sonrisa tímida, pensando en que lo llevarían, al fin, al refugio en el cual podría encontrarse con su Sara.

Después de unos momentos de silencio, en el que solo entró el frío de la noche, entró un general de espejuelos y bigote francés. Su nombre era Joaquín Chicarro.

—Señor Madero, señor Pino Suárez. Tengo la orden de trasladarlos a un nuevo lugar.

Se levantaron los tres prisioneros, pero el general Chicarro levantó la mano para hacer una aclaración pertinente.

—General Ángeles, mis órdenes son claras. Solamente debo llevar al señor Madero y al señor Pino Suárez a su nuevo resguardo. Usted deberá permanecer aquí.

Movido por uno de sus tantos actos de caridad, Francisco se acercó a su amigo, le tomó de la mano y le dedicó una sonrisa amable.

—Ahora podemos liberarnos de esto, pero pronto también podrá hacerlo usted, general Ángeles. En cuanto me encuentre seguro, pediré por su vida y podrá encontrar la libertad. ¿De acuerdo?

Sin palabras para el que había sido el presidente, el general Felipe Ángeles apretó fuerte los labios y asintió.

Entonces, los vio partir, y el chirrido de las puertas le hizo saber que estaba solo de nuevo, prisionero en

Palacio Nacional sin saber todo lo que acontecía allá afuera. ¿Seguían las batallas? ¿Qué decían los periódicos sobre el levantamiento y sobre la renuncia del presidente? ¿Sin Madero en el poder existía una posibilidad de que volviera Porfirio Díaz del exilio a tomar el poder?

Pasar la noche sin compañía solo acrecentó el miedo que sentía de que algo malo le fuera a pasar. Se sentía vulnerable, sin arma alguna, sin contención. ¿Y si se habían llevado a Madero y a Pino Suárez para que no hubiera testigos de su propio asesinato?

Con la bombilla eléctrica como su única amiga, pasó el resto de la oscuridad imaginando todos y cada uno de los escenarios en los cuales él pensaba que habrían de arrebatarle la vida, pero cuando llegó el primer destello de la madrugada, supo que se equivocaba. Con un fuerte dolor de cabeza y una debilidad en las piernas que no reconoció, se sentó en otro de los sillones mientras intentaba aclarar sus pensamientos, pero sólo echó la cabeza hacia atrás y comenzó a roncar.

Fue hasta mediodía que despertó para enterarse de lo que ya platicaba toda la Ciudad de México.

Mientras tanto, a la mitad de la noche, Francisco Ignacio Madero y José María Pino Suárez fueron llevados al segundo patio de Palacio Nacional.

—Las luces de todas las ventanas están apagadas, es raro. ¿No le parece? —comentó José María.

—Así lo desea el presidente —comentó el general Chicarro, sin que los prisioneros imaginaran que el presidente no era ya Pedro Lascuráin.

Nota final

Luis Huitrón, el fantástico creador del proyecto teatral de “Las Meninas”, y uno de los divulgadores históricos más importantes que tiene nuestro México, aceptó ser el padrino de esta serie literaria. En la presentación, explicó muy bien la obsesión que tenemos por la silla presidencial: somos fetichistas de la patria. Nos gustan los objetos que tengan que ver con el pasado. No es casualidad que en nuestras familias se conserven tantos elementos que tengan que ver con otros tiempos: una carta escrita por Porfirio Díaz, un fusil de la revolución mexicana, las calificaciones de una tía que ya no está en este plano.

Somos fetichistas de la historia.

No hay duda de ello.

Lo importante de cada uno de estos objetos es que sigan contando historias, nos hablen, podamos entender mejor a un familiar que murió a través de una fotografía o de una carta... ¿qué tan diferente es eso a los espíritus con los que se comunicaba Francisco I. Madero? Nos gusta hacer puentes con la historia de Mé-

xico, y me gusta pensar que la ficción ayuda a fortalecerlos.

Durante mucho tiempo me resistí a escribir una novela sobre Francisco I. Madero, porque no sabía cómo sustentar la idea de que confió tanto en el hombre que lo traicionó. Luego comprendí que su forma de gobernar, de confiar en otras personas, de creer que todos los mexicanos ven por el bien del país, lo hacen un ser extraordinario, y decidí enfocarme en el drama humano, en el auge y caída de un hombre que permanece vivo. Cuando comprendí su humanidad, entendí que no era un ingenuo cualquiera.

La historia será cada vez más dramática e intensa, pero, sobre todo, real.

Índice

Prólogo	9
---------------	---

PRIMERA PARTE

Canonización	13
1 Dioses y Monstruos I	15
2 Una nueva libertad	25
3 Dejar las armas	36
4 La ley que nos fregó	42
5 La vuelta a la patria.....	56
6 Arranca la carrera electoral	62
7 El padrino de bodas	72
8 Una nueva vida.....	82
9 Las elecciones	86
10 El resultado inevitable	94

SEGUNDA PARTE

Santidad	99
1 La llegada al poder	101
2 Tras la toma de protesta.....	111
3 El Plan de Ayala.....	121

4 El plan de Bernardo Reyes	134
5 El Sarape de Madero	149
6 El día que Pancho Villa lloró	157
7 Toca el turno de Félix Díaz	168
8 Visiones de un país	175
9 Ante el fuego.....	183

TERCERA PARTE

Martirio	197
1 Una llamada	
a primera hora del día	199
2 La marcha de la lealtad	212
3 La Ciudadela	225
4 Se toman decisiones	233
5 La entrevista secreta	238
6 El reloj de Bucareli	244
7 La ciudad en llamas	255
8 Una petición del señor presidente .	265
9 Armisticio	279
10 Lo que sucedió el 18 de febrero	290
11 El Pacto de la Embajada	301
12 Deja que se saquen	
los ojos entre ellos	307
13 Sucedió en cuarenta	
y cinco minutos.....	318
14 Un puñado de piedras	323
15 Dioses y Monstruos II	332
Nota final	341
Agradecimientos	343